

## RESEÑAS



USUNÁRIZ, Jesús M.: *España en Alemania: la guerra de los Treinta Años en crónicas y relaciones de sucesos*, New York, IDEA, 2016, col. «Batihoja», 26. 274 págs. ISBN: 978-1-938795-22-0.

**Rubén González Cuerva**  
CSIC

Con ocasión del cuarto centenario del inicio de la Guerra de los Treinta Años en 2018, se ha asistido a una renovada proliferación bibliográfica española en varios formatos. Se han publicado historias generales de la contienda con el mérito de superar el mero manual y así poner en relieve la contribución de la Monarquía hispana al conflicto y con acercamientos más originales (Cristina Borreguero Beltrán, *La Guerra de los Treinta Años, 1618-1648: Europa ante el abismo* [Madrid: La Esfera de los Libros, 2018] y Fernando Negredo del Cerro, *La Guerra de los Treinta Años, una visión desde la Monarquía hispana* [Madrid: Síntesis, 2016]). Asimismo, han aparecido dossiers de revista como el dirigido por Manuel Rivero en *Manuscrits* (nº 38, 2019), incidiendo en las múltiples facetas y sutiles conexiones desplegadas por las autoridades hispanas durante el conflicto. Por último, la presente monografía de Jesús María Usunáriz, de la Universidad de Navarra, ha sido capaz de aunar un desarrollo lineal de toda la guerra, hasta la Paz de los Pirineos de 1659, con un enfoque monográfico y continuado en uno de los aspectos más novedosos y sometidos a debate de esta guerra y de la historia general del siglo XVII: las publicaciones populares y el inicio de la prensa moderna al ritmo de los acontecimientos bélicos. En tal sentido, este libro sirve de contrapunto hispano a la destacada obra de 2001 del malogrado Peer Schmidt *Spanische Universalmonarchie oder «teutsche Libertet»: das spanische Imperium in der Propaganda des Dreissigjährigen Krieges* (traducción española en México, FCE, 2012 como *La monarquía*

*universal española y América. La imagen del Imperio español en la Guerra de los Treinta Años, 1618-1648).*

El profesor Usunáriz ha venido estudiando estas materias desde hace años, que se presentan en este volumen como una sucesión de nueve capítulos ofreciendo otros tantos análisis detallados sobre etapas de la guerra o tipologías generales. En este sentido, revisten el mayor interés los capítulos 2 y 7, dedicados respectivamente a los pronósticos y a los milagros, bien conectados con la producción reciente de historia cultural y mostrando cómo el encantamiento del mundo era aún operativo a la hora de explicar acontecimientos y generar interés: en el contexto de 1618-9 se publicó más en la Península sobre el significado del cometa que acababa de surcar los cielos que sobre la trascendente Defenestración de Praga (23-5-1618) que dio origen a la Guerra de los Treinta Años. En general, se aprecia en las publicaciones analizadas una progresiva evolución en el perfil del enemigo hispano desde el musulmán al hereje y luego al francés, con un tono de providencialismo dinástico cada vez más gastado y autorreferencial según se desarrollan las campañas.

Uno de los principales méritos del libro es la recopilación, puesta en valor y comentario de un corpus amplísimo y de difícil acceso de relaciones de sucesos y hojas volanderas, tanto impresas como manuscritas, localizadas en archivos y bibliotecas de media España, correctamente puestas en correlación con crónicas e historias de autor conocido y de mayor prestigio intelectual. Los humildes materiales de prensa popular que aquí se usan con legitimidad y fruición constituyeron hasta hace un par de décadas una fuente minusvalorada para fundamentar una gran historia política por la poca fiabilidad que ofrecían sus textos. Sin embargo, los distintos grupos que desde el cambio de milenio se están dedicando a la investigación sobre relaciones de sucesos (el de López Poza desde La Coruña o el de Espejo Cala en Sevilla) han demostrado que el valor de estos materiales no residía en su rigurosidad, sino en constituir la mejor ventana para adentrarse en qué acontecimientos y de qué manera llegaban a la población urbana de la España moderna, así como en preguntarse quién y cómo modelaba tal mensaje y qué intereses ideológicos o culturales representaba.

En este campo de las fuentes, el presente libro ofrece un elenco muy rico para iniciar cualquier investigación ulterior que quiera ocuparse sobre la publicística en la Guerra de los Treinta Años, con hallazgos tan valiosos, a mi parecer, como el que ocupa el capítulo 4: la transcripción y comentario de una carta inédita al «amigo del rey» (¿Olivares?) del gran tratadista y luego virrey de Nueva España Juan de Palafox. En ella disecciona el estado de la corte imperial en 1631, de la que Palafox fue testigo directo, y con proverbial finura analiza la composición faccional de la Viena de Fernando II, los límites de la clientela española y la necesidad de un embajador español fuerte para asegurar la influencia hispana.

El *corpus* documental que se somete a análisis coincide con el publicado en la actual España peninsular y en castellano, lo que esquiva ramificaciones más problemáticas y que llevaría a terrenos pantanosos dado el actual estado de nuestros conocimientos. Me refiero a los textos sobre los mismos temas publicados en italiano y francés de los que las relaciones españolas eran traducciones con frecuencia, los textos en latín difundidos por toda Europa, las publicaciones en castellano aparecidas

fuera de España... En general queda pendiente, y se necesita una labor coordinada a nivel europeo, el arduo problema de los contextos de creación y las formas de circulación de tales textos, casi imposibles de comprobar en buena parte de los casos.

En este sentido, se pueden afirmar con más solvencia los intereses directos en liza allí donde se conocen con más detalle los autores y contextos, como el ya mencionado de Palafox o sobre todo la campaña generada por la jornada a los Países Bajos del Cardenal-Infante (capítulo 6). En ella, Diego de Aedo, el secretario del Cardenal-Infante, ejerció de propagandista con mensajes claros: la defensa de la alianza de ambas ramas de la dinastía y la glorificación y refuerzo de autoridad del Cardenal-Infante, presentado como un líder fuerte capaz de restaurar la paz y la prosperidad de las provincias obedientes neerlandesas.

En otros casos es innegable que el mensaje transmitido iba a favor de las autoridades monárquicas y de la fe católica, pero es complicado concretar hasta qué punto constituía una propaganda de guerra organizada y qué capacidad tenía el dispositivo monárquico para producir crónicas más enjundiosas en su justo momento. En tal sentido resulta muy sintomático el caso del generalísimo imperial Wallenstein (capítulo 5) y la recepción de sus campañas en España, con un radical giro desde la construcción de un héroe militar católico a un traidor a la dinastía en cuanto llegó la noticia de su asesinato en febrero de 1634 por las sospechas de hacer doble juego con los enemigos de la Casa de Austria. Resulta del mayor interés (pp. 127-133) asistir a cómo se prohibió la obra de Calderón de la Barca que glosaba los triunfos de Wallenstein y que el gran dramaturgo presentara pocos meses después otra nueva en la que el generalísimo aparecía ya como un inicuo traidor.

En general, Usunáriz se muestra cauto en el debate sobre el uso y sentido de las relaciones de sucesos y la creación de «opinión pública» en el siglo XVII, una disquisición que Filippo del Vivo ha planteado con claridad entre ver un intento de propaganda desde arriba o un negocio editorial demandado desde abajo. El presente libro ofrece casos y ejemplos de todas las tonalidades y demuestra que, en el estado actual de nuestros conocimientos, ni hubo una mano negra ni la mano invisible del mercado, sino que este campo de escritura se nutrió de una compleja interrelación de intereses ideológicos, políticos y mercantiles cuyos contextos concretos son en ocasiones casi imposibles de discernir. Sí se aprecia que los mensajes no son nunca, ni de forma explícita ni implícita, críticos con las autoridades regnícolas y confesionales, pero también que no hay un programa vertical y homogéneo de textos: parece que interpretar pronósticos según la astrología judicial rivalizaba en interés con la narración de acontecimientos, y que para tales juicios mantenía su actualidad la enemistad otomana y el enemigo musulmán, que conectarían con cierto «imperialismo popular» más volcado al Mediterráneo que a Centroeuropa. También reconoce el autor la poca trascendencia impresa (capítulo 8) de las paces de Westfalia, pues parece que estas relaciones de sucesos se aparejaban mejor al formato de narración de batallas que al de analizar nuevos contextos geoestratégicos, por lo que no sirvieron para endulzar el trago de la paz con las Provincias Unidas y la continuación en solitario de la guerra contra Francia en 1648.

En definitiva, se trata de un libro con una documentación extenuante, un gran esfuerzo editorial que sirve, por fin, de base de discusión para quien se adentre en la recepción contemporánea de la Guerra de los Treinta Años y el vidrioso campo de la opinión pública en la Península Ibérica del siglo XVII.